

## ESPERANDO A CORTAZAR

El tigre se precipita en auxilio de sus semejantes sin pensarlo. O se refugia en lo más espeso de la selva. Pero la cuestión no es ésta. «¿Qué hacemos aquí», es lo que tenemos que preguntarnos. Tenemos la suerte de saberlo. Sí; en medio de esta inmensa confusión, una sola cosa está clara: esperamos que venga Godot.

Samuel Beckett.

—Estoy completamente seguro de que viene. ¿No creés, Manú?

—Mirá, viejo, yo de ese tipo... ¿Vos te acordás de la persecuta que se agarró con nosotros? Y después con las que salió. Cuando leí el libro te juro que me dieron ganas de achuzarlo.

—¿Vos? Eso tiene gracia. A vos te trata como a un rey. El que queda p'a la mierda soy yo.

—Sin exagerar, viejo. El protagonista sos vos, y el eco, el pobre tipo, yo. Y encima cornudo, carajo.

—Mirá, yo pienso que al tipo se le pelaron los cables.

—No sé si se le pelaron los cables, pero te aseguro que como lo agarre yo sí lo voy a pelar para un ratito.

—Ché, Manú, si vas a resolver la cosa a las trompadas la vamos a joder, porque et tipo no va a rectificar. Yo creo que el sistema es otro: hay que razonarle, hay que entrarle por la vía del cuore.

—Ese tipo no tiene corazón. ¿Vos sabés la que se me ha armado a mí con Lucía?

—Mirá, si vamos a eso es peor lo mío. Talita está que muerde. Y para colmo se le metió en el mate la insensatez de que Rocamadour es mío.

—¿Tuyo? Pues según Lucía es mío. ¿Te imaginás? Yo padre, y para peor de algo que se llama Rocamadour. Te juro que lo mato, si lo agarro lo mato.

—Dejá de decir pavadas. Nada de trompadas ni de matar a nadie. Lo que hay que hacer es utilizar el mate. Vos y yo, y por supuesto el canalla ese, sabemos muy bien quién es el padre de Rocamadour. Pues a largar, ché. Y ya puestos a decir lo decimos todo, lo del padre y lo de la madre. ¡Tanto golpe de sinceridad y tanto tomar nota para luego salir con éstas! Además, yo no sé a quién carajo va a querer engrupir con este lío. Gregorovius, Ronald y toda la barra saben muy bien que el chico es de Pola y del Julio Denis.

—Y lo de matar al pibe también es para no creerlo. No se para en barras el tipo. Claro que lo peor es conmigo. Ahí no hay caso

*el engendro ése me odia vaya a saber por qué. La escenita del tablón tiene lo suyo. Cuando terminé de leerla me sentí peor que la cucaracha de Kafka. Mi mujer arrastrando el culo por un tablón y dudando entre encamotarse con vos o no, y yo detrás de la cómoda. Te juro que como lo agarre... Horacio, ¿vos creés que va a venir?*

*—Seguro. Le mandé un recadito diciéndole que tengo en mí poder un cuaderno inédito de Morelli. Ese cae.*

*—Pues como lo agarre...*

*—Parecés un disco rayado.*

*—No, si te parece, cuando lo vea le doy las gracias. Sos un egoísta; como a vos te trata bien...*

*—¿Bien? Dejáte de joder. Una cosa es que yo sea un tipo razonable, una persona civilizada, controlada, y otra muy distinta que no tenga clara conciencia de la cagada que me ha hecho ese individuo. Vos respirás por la herida del macho, Manú. Yo por la del caballero. A vos, que sos un soñador y un poeta, te jode que te haya convertido en un tipo sensato. Casado y tributario, como diría Pessoa. Y da gracias que te enchufó en un circo, que podía haber sido peor. Oficinista, por ejemplo. El fulano ese es capaz de todo. Pero lo mío, lo mío no tiene nombre. Vos me perdonarás, pero un tipo como yo, que se pasa toda su vida estudiando sajón antiguo, que tiene un curriculum como el mío, y que de pronto te saquen durante dos páginas hablando en glíglico. Hace falta tener malas entrañas. Hace falta ser un hijo de... En fin, no hay que alterarse. Hay que tener calma.*

*—Claro, vos podés tener toda la calma del mundo, entre otras cosas porque sos vos el que habla de «triángulo trismegístico» Trismegístico, ché. Y sos vos el que dice que hay que «sacar partido de las arrugas de la cara».*

*—Manú, vos sabés muy bien que las arrugas siempre me han merecido respeto. Eso lo dice él, y lo dice porque en su puta vida ha tenido una arruga y a lo que parece ni las va atener. Calma, Manú, no vaya a ser que ese tipo al final consiga que nos peleemos vos y yo.*

*—Tenés razón. Eso sería lo último. Horacio, vos sabés que yo te quiero, y no de un día. Lo que pasa es que toda esta historia me tiene podrido.*

*—Dejálo pastar que engorde. Cuando llegue, vos dejáme hablar a mí.*

*—¿Pero vos realmente creés...?*

*—Claro. Lo de Morelli no falla.*

*—Pues no te garantizo lo que pase cuando lo vea.*

*—Tenés que sujetar esos nervios, Manú. Miráme a mí.*

—No es lo mismo. No tenés idea de cómo se puso Lucia cuando leyó que me había casado con Talita. Los leopardos son una cosa mansa.

—Ya. Y Talita de campo, ¿no? Viejo, vos conocés a mi mujer, te ahorro los detalles.

—Horacio, ¿vos, en serio creés que vamos a conseguir algo de ese tipo? Quiero decir, que rehaga ese puto libro y nos deje a cada cual en su sitio.

—Mirá, Manú, si no conseguimos que lo rehaga, por lo menos hay que lograr que escriba una continuación. Yo no puedo consentir esa imagen mía debajo de una mesa, como un tarado, buscando un terrón de azúcar que para colmo de desdichas se me deshace en la mano. Y otra, todo el mundo sabe que me gustan los gatos. ¿Por qué se los encaja a tu mujer o a la mía? Soy yo el de los gatos. Los gatos son míos. Y además, no me gusta Mondrian. Mondrian está bien, no lo niego. Pero mi pintor es Turner, lo saben todos. Yo creo que hasta lo sabe Turner.

—Pará, Horacio, pará. Que a vos si te dejan hablar no te cuelgan, y yo tengo ahora mismo un lío de la gran puta y me importan un carajo tus gatos, Mondrian y el terrón de azúcar. Quedate piola y vamos a lo positivo. Hay que conseguir que el tipo rectifique. En cuanto aparezca yo le suelto un directo y después hablamos.

—Sos peor que las mulas. Si lo que querés es joderla, avisáme y me mando mudar. Y en cuanto al directo, tendría que ser de lo más directo porque como sabés, el fulano mide dos metros y algo. Andá a cantarle a Gardel.

—Dale no más, ché. A ver qué tenés en el mate.

—La cosa está clara. Si no rectifica que continúe. El tipo tiene recursos, si se pone es capaz de convertir la Biblia en «La lozana andaluza». Pues que escriba otra Rayuela, pero al revés. Si dice que no, lo amenazamos con contar lo de la Pola y el Julio Denis. Y vas a ver cómo afloja. Esos dos si se descubre el pastel son capaces de contratar a la mafia para acabar con él.

—¿Vos estás seguro?

—Tan seguro como que Perón no vuelve.

—Ché, Horacio, que de eso yo no estoy tan seguro.

—Al tiempo.

—¿Pero vos creés que ese tipo va a venir?

FRANCISCA AGUIRRE